

UNA NOVELA SECUNDARIA DE VERNE

Adolfo Ruiz Díaz

Aparecida en 1894, esta larguísima novela sigue cronológicamente a *P'tit Bonhomme* (1893), a menudo traducida como *Aventuras de un niño irlandés*, y precede a *La isla de Hélice* (1895). Sus dos tomos nos muestran un Verne sólo muy de rato en rato a la altura de su fama. Los mismos recursos, eficaces o justificables en obras más felices, son prodigados con una chatura rutinaria. Pareciera que Verne ha perdido la seguridad en sí mismo y en la comprensión de su público extendiéndose en explicaciones, añadidos y redundancias desconcertantes en un escritor avezado. Falta, en suma, el trabajo de poda y concentración que, contra la inclinación amplificadora del novelista, le exigía, en ocasiones con aspereza, su amigo y editor Hetzel desde los borradores hasta la última prueba de imprenta ¹.

¹ Ver las cartas recogidas en *Histoire d'un éditeur et de ses auteurs. P. HETZEL (STAHL)*. Paris, Editions Albin Michel, 1953. Especialmente p. 430 (25/IV/64), donde Verne reconoce su gusto por los pasajes descriptivos y su ambición de llegar a ser no un ordenador de hechos sino un estilista; óp. 517, sin fecha, donde Hetzel reconoce que si lo trata duramente es para que el novelista logre lo mejor de sí mismo. (Este epistolario, sólo parcialmente publicado, es de consulta indispensable para el proceso de elaboración en Verne.)

Hacia los años 70 tiende a apartarse de las invenciones asombrosas que en la década anterior le abrieron las puertas del éxito². Por lo menos a no erigirlas en dominantes. Probablemente los lectores de entonces no lo percibieron con nitidez y siguieron apreciando *La isla misteriosa* (1874) o *Héctor Servadac* (1877) según la perspectiva impuesta por *Cinco semanas en globo* (1863) o *De la Tierra a la Luna* (1865). Sería torpe e injusto achacarles una falta de perspicacia. El cambio de giro que hoy advertimos no proviene, en rigor, de una nueva concepción novelesca consciente y sistemáticamente profesada. Se trata, más bien, de otra valoración de ingredientes, procedimientos y hábitos muy parecidos, si los considera aisladamente, a los del primer período.

Hoy, gracias al conocimiento de la producción ulterior, sobre todo de algunas obras póstumas, podemos entrever aún desde más temprano los orígenes del nuevo rumbo. Por ejemplo, la inquietud frente a los abusos colonialistas, la denuncia de la esencial brutalidad de la guerra que borra las distinciones entre salvajes y civilizados y un llamado de alerta acerca de los medios de opresión y de destrucción que la ciencia aplicada pone en manos de una política de explotación económica o franca conquista.

De los años 80 en adelante, la nueva tónica se afirma de manera dispar. Algunas novelas, como *Las miríficas aventuras del Maestro Antifer* y *la Escuela de los robinsones* (1882) se conforman con la diversión instructiva. En cambio, la intriga política con el trasfondo del movimiento nacional húngaro, encuadra a *Matías Sandorf* (1885). El colorido romántico de esta compleja novela inspirada en *El Conde de Montecristo* fortalece antes que diluye su alegato en favor de los pueblos oprimidos. En *Familia sin nombre* (1889) encontramos un tema análogo, de mayor resonancia para los compatriotas de Verne, encarado con una fisonomía más decidida de novela histórica. Versa, en efecto, sobre la rebelión armada de los canadienses franceses contra las autoridades inglesas. La sátira social,

2 En la noticia anónima de la reedición de las obras novelescas de Verne en "Livre de Poche", se dice que a ojos de los testigos de su vida, Verne alcanzó el apogeo de su gloria y su fortuna de 1872 a 1886. El final de esta etapa esplendorosa coincidiría, pues, con el año en que Verne sufrió tres desgracias indudables: la muerte de su madre, el atentado que cometió uno de sus sobrinos y que lo dejó definitivamente rengo y, en fin, la muerte de Hetzel, su editor, su amigo y consejero. M. MORE (*Le très curieux Jules Verne*. Paris, 1960) corrige la fecha de la muerte de la madre dada por M. ALLOTE DE LA FUYE (*Jules Verne, sa vie, son oeuvre*. 2. ed. Paris, 1958) llevándola al 15 de febrero de 1887. La precisión, para el caso, no reviste importancia.

con medios de utopía burlesca, informa *La isla de Hélice* (1837), la novela acaso más significativamente renovadora de la óptica de Verne. Su fundamento es una censura despiadada de la petulancia ociosa y suicida de las clases norteamericanas opulentas.

Las miríficas aventuras del maestre Antifer se sitúan, pues, en un período que la imagen del escritor que anda en la mayoría de las cabezas tendería a calificar, con un matiz decepcionado, de poco verniano.

No siempre las obras más perfectas son las que mejor nos permiten comprender a un escritor desde dentro. Los fracasos son tan instructivos o más que los éxitos o, para decirlo de otro modo, no es raro que el valor literario esté en razón inversa del documental. Una ficción secundaria y estéticamente prescindible, como es el caso del *Maestre Antifer*, trasluce con mayor acuidad que otras novelas más logradas los procedimientos básicos de Verne. Las fallas evidentes de invención, composición y estilo nos proporcionan una suerte de radiografía o caricatura que resaltan en trazo grueso un andamiaje o cuadrícula mental que se mantiene relativamente constante a lo largo de una producción abundantísima. Por otra parte, los aspectos biográficos, conscientes o no, mal asimilados por la novela, nos ayudan no poco a recomponer la situación en que respecto a su vida y a su pasado, presente y futuro de autor, se encontraba Verne.

La trama recuerda el conocido juego de la caza del tesoro. A partir de una primera indicación o pista, los participantes deben dirigirse a diferentes sitios donde encontrarán nuevas informaciones que acabarán por llevar hasta el premio. Verne introduce unas cuantas variantes en el esquema. Por lo pronto, amplía el espacio de la búsqueda. En vez de un tesoro escondido dentro de un área modesta, nos cuenta una expedición por tres continentes. La segunda modificación, más ingeniosa, estriba en variar los competidores a lo largo de la pesquiza.

El padre de Antifer recibe en 1842 una carta de Kamyk—Pachá, un riquísimo y desdichado egipcio. La carta le comunica que lo ha nombrado heredero de tres barriles de piedras preciosas guardados en un lugar oculto. Es el premio por haberle salvado la vida años atrás en Jaffa durante las campañas napoleónicas. El documento sólo consigna la longitud del escondite, pero agrega que la latitud le llegará más adelante. El viejo Antifer muere diez años después. La esperanza de los millones es heredada por su hijo. Pasan los años y Pierre—Servant—Malo—Antifer vive en la comezón angustiosa de transformarse en un igual de los Rostchild. Un mensajero llega por fin. Es un notario del Cairo, un tal Ben—Omar, quien debe asistir al descubrimiento de los barriles y percibir el uno por

ciento del contenido. Kamylyk—Pachá le retribuye así su ayuda cuando debió alejarse de Egipto acosado por el odio de Murad, su primo, favorito del poderoso Mehemet—Alí, a quien Kamylyk había desheredado.

Por temor, el notario ha caído en infidencia. Le ha revelado a Saúk, hijo del difunto Murad, los términos testamentarios. Haciéndose pasar por ayudante de Ben—Omar en su bufete y bajo el nombre de Nazim, Saúk, un indudable crápula, acompaña al notario hasta Saint—Malo. Finge ignorar el francés, asiste a una borrascosa entrevista de Antífer con Ben—Omar y logra sumarse a la expedición con el propósito de apoderarse por cualquier medio del tesoro que cree que por derecho le pertenece.

En la primera etapa, en resumen, los participantes son cinco. Antífer, Gilda TrégoMAIN, marino de agua dulce retirado, el sobrino del protagonista, Juhel, también marino, pero de alto bordo, el notario y el malvado Saúk—Nazim. Según las coordenadas geográficas, el tesoro se encuentra en una isla del Golfo de Omán.

Gracias a una doble K, monograma de Kamylyk esculpido en la roca, dan con el escondite, pero no con los tres barriles. En el nicho no hay más que una caja metálica. Guarda un papel que junto con la indicación de otra longitud, le informa que la latitud está en poder de Zambuco, un banquero de Argel. Para agravar su chasco, Antífer se entera de que no es el único heredero. El otro, también bienhechor de Kamylyk, es el banquero. En la próxima etapa, por consiguiente, éste deberá formar parte de la expedición que tendrá por destino una isla del Golfo de Guinea.

En los trópicos, como prevé cualquier lector, aunque más no sea por la cantidad de páginas que faltan para terminar la novela, se repite la situación asiática. Es cierto que ganan un premio consuelo. Kamylyk junto con el consabido papel, ha dejado dos brillantes para contribuir a los gastos de traslado. El poseedor de la latitud resulta ser el reverendo Tyrcomel, de Edimburgo. Un miembro fanático —así lo califica Verne— de la Free Church of Scotland. El clérigo ha consagrado un celo impetuoso y una oratoria profusa a condenar la posesión de riquezas. Nueva decepción. Tyrcomel declara haber quemado el mensaje con la coordenada. Omitamos detalles acerca de cómo llega ésta a conocimiento de los expedicionarios. Sólo digamos que en la etapa de Escocia a Spitzberg, Saúk no es de la partida. Ha querido apoderarse violentamente de la latitud y ha sido apresado por la policía antes de abandonar las costas del Reino Unido.

En el misterio glacial que tanto atrae a Verne, otra caja metálica y otro mensaje. El manuscrito, corroído por la humedad, no permite sino la lectura de palabras sueltas en las líneas finales. Son,

por supuesto, las que contenían el dato que completaba la meta definitiva de la búsqueda. Reconocemos el recurso. Como en otras novelas, Verne introduce un criptograma que aquí funciona, hasta cierto punto, como tercera variante del esquema del juego ³.

El criptograma corrobora una impresión que apunta desde los comienzos de las miríficas aventuras: un aire de semejanza con la expedición emprendida por Lord Glenarvan en busca del capitán Grant y sus compañeros de naufragio. Como cualquier lector recuerda, esta expedición humanitaria tiene como guía y motivación tres manuscritos encontrados en una botella alojada en el estómago de un tiburón pescado desde el yate del noble escocés. El agua del mar los ha corroído y los textos sólo ofrecen una cifra segura, los 37° 11' de latitud. La longitud hay que conjeturarla mediante la reconstrucción del contexto. Cada uno de los lugares que Glenarvan y los suyos recorren les depara un fracaso. Pero, al mismo tiempo, permiten corregir la versión tenida hasta entonces por buena.

En *Maestre Antifer* el secreto del manuscrito estropeado también se logra en los capítulos finales, aunque por otra vía. Mientras en *Los hijos del capitán Grant* la distracción de Paganel ha impedido la solución correcta, en *Maestre Antifer* el descubrimiento proviene de la casualidad. Enogate, la sobrina y pupila del protagonista, recién casada con Juhel, advierte en un globo terráqueo que el camino seguido por los buscadores del tesoro compone un arco de círculo. La palabra "polo", hasta el momento inexplicable, indica que el lugar apetecido está en el centro de una circunferencia a que pertenece el arco. Para situarlo en el mapa basta resolver un ejercicio que sólo requiere una regla y un compás.

En *Viaje al centro de la Tierra* (1865) el criptograma que impulsa el descenso a las profundidades del planeta es encontrado *intacto* entre las páginas de un viejo libro que acaba de comprar el irascible profesor Otto Lidenbrock. Su desciframiento, graduado con agilidad graciosa, sigue casi de inmediato a su hallazgo. En *Los hijos del capitán Grant* se trata, como en *Maestre Antifer*, de un criptograma accidental. En *Viaje al centro de la Tierra*, en cambio, se debe a que el sabio islandés, muy acorde con los usos del siglo XVI, ha querido a la vez conservar y ocultar la memoria de su hazaña. Pero las dos últimas novelas coinciden en que deben la solución al azar. En una, por la observación impremeditada de Enogate. En la otra, si bien Lidenbrock ha llegado al borde de la clave, el último paso corresponde a su sobrino Axel quien, al abanicarse con

3 Sobre la importancia de los criptogramas en Verne, ver Marcel MORE (Ob. cit. . Cap. II). Se trata de un esfuerzo indudable de lectura atenta desde una perspectiva psicológica. A veces, un tanto forzada o discutible.

el desesperante papel descubre que Arne Saknussemm, treta elemental del arte criptográfico, había escrito su mensaje de derecha a izquierda y de abajo arriba.

En uno y otro caso, quizá, Verne haya querido insinuar que los descubrimientos no suelen ser obra exclusiva del razonamiento. No es raro que necesiten de una intuición feliz o de una colaboración de la casualidad. Añadamos que los jeroglíficos, las charadas, los anaglifos, etc. etc., entretenimientos muy de moda en el siglo XIX, tuvieron en Verne un adepto entusiasta.

En *Maestre Antífer* el criptograma y el acertijo geométrico, cumplen, como en *Los hijos del capitán Grant*, una función muy clara. Intentan fortalecer la expectativa del desenlace.

La última variante que Verne imprime a la caza del tesoro consiste en el fracaso de los herederos de Kamyk para tomar posesión de los tres barriles. Las ansiedades y fatigas han sido inútiles. Las andanzas por el Indico, el Golfo de Guinea y las zonas árticas concluyen en una isla que ya no existe. Apenas disfrutó de su dignidad geográfica durante pocos meses. Ahora el tesoro está bajo el agua y los medios técnicos disponibles no permiten rescatarlo. En el último capítulo, el narrador, con un guiño hacia el porvenir no da la búsqueda por concluida. Esta módica anticipación responde a una confianza tenaz y levemente burlona en el progreso. En un mañana no remoto, quién lo duda, se contará con los aparatos para descender hasta el fondo del Mediterráneo. Quienes se complacen en exaltar en el novelista francés sus dotes visionarias tienen aquí la oportunidad de referirse al deporte hoy generalizado de las excursiones submarinas. Desde un punto de vista constructivo, conviene recalcar que esta vez Verne ha optado por una insinuación de trama abierta.

La desaparición del islote se presta, por otra parte, a considerarlo como un final pesimista, no raro en Verne. Lidenbrock no llega al centro de la Tierra ni Barbicane, Nicholl y Michel Ardan a la Luna. La cuestión, bastante delicada, no admite sin más generalizaciones ni literarias ni psicológicas como las propuestas por algunos críticos ⁴. El final de *Maestre Antífer* ha de entenderse, más bien, como una admonición moralizante contra las ambiciones disparatadas.

4 Me refiero en especial a M. MORE. Ob. cit. . p. 181. El crítico exagera cuando sostiene, apoyándose en *La isla misteriosa*, que el pesimismo ha sido siempre peculiar de Verne. Más atendible, aunque demasiado unilateral, es el aserto de que a partir de 1886 hay una acentuación pesimista. No obstante, no creemos "que este pesimismo toma una forma irremediable".

El itinerario seguido por Antífer y su *troupe* ofrece, en lo que toca a sus fuentes, dos aspectos fáciles de delimitar. Uno de ellos se refiere a las experiencias recogidas por el propio Verne en sus excursiones por el Mediterráneo, el Mar del Norte y el Báltico entre 1878 y 1884 a bordo de su Michel III, el suntuoso yate de vapor adquirido con las ganancias que le proporcionaron las adaptaciones teatrales de *La vuelta al mundo en ochenta días* (1874) y de *Miguel Strogoff* (1880). En cambio, las peripecias en el Indico y en la costa occidental africana transcurren en tierras y mares compuestos por Verne en su biblioteca. El cotejo de los resultados obtenidos por el Verne sedentario y el Verne viajero deparan algunas comprobaciones.

Verne no era lo que se llama un viajero desinteresado. No viajaba exclusivamente para ver sino con vistas a su labor de novelista a plazo fijo. Archivaba en su memoria los datos y las impresiones que consideraba utilizables, tomaba apuntes o aprovechaba, en el momento oportuno, los diarios llevados por alguno o algunos de sus compañeros de travesía. Mme. Allote de la Füye, su ferviente biógrafa, nos informa que el tercero y último crucero fue emprendido y planeado de acuerdo con el cuadro donde se desarrollarían las aventuras de *Matías Sandorf*, publicado el año siguiente.

La perduración de los sucesos vividos en *Maestre Antífer* va más allá de la ambientación y los toques cotidianos o pintorescos. Baste una muestra. Los personajes, para trasladarse de Bône a Argel, cuentan con un ferrocarril que suponen ya terminado. Sólo lo será mucho más tarde y por ahora, para angustia del notario Ben-Omar que se marea apenas pisa una cubierta, deben conformarse con un barco. Parecido trance le tocó a Verne en Bône cuando quiso dirigirse a Túnez, salvo que recorrió por tierra los kilómetros del tramo inconcluso. Acotemos que el percance tiene un precedente que confirma la interpenetración de sucesos reales y sucesos imaginarios en el universo de Verne. El mismo tropiezo ferrocarrilero ocurre en la India en *La vuelta al mundo en ochenta días* que remonta a 1873. Phileas Fogg y Picaporte deben acudir a los servicios de un elefante.

En general, los materiales elaborados sin salir del gabinete de Amiens resultan más convincentes que los rememorados. Dentro de su medianía, el paseo por el golfo de Omán y el naufragio en el golfo de Guinea superan la descripción tópica de Edimburgo y los cuadros urbanos y rurales de Argel y su gente. La pluma de Verne —como la de Chateaubriand, de Victor Hugo o de Leconte de Lisle y sus discípulos— reaccionaba con más eficacia al estímulo de las palabras que de los objetos. La visión turística o periodística de Verne era inferior a las imágenes que le suscitaban los libros y los atlas.

Verne pertenece a la vasta clase de escritores que necesitan de una interpretación previa y ajena de las cosas y de los hombres para que sus virtudes adquieran todo su poder comunicativo y, sin paradoja, para que se expresen más libremente.

En *Maestre Antifer* Verne procede con un criterio moralizante muy explícito y a menudo casero. A través de una sarta de anécdotas muy similares, el libro machaca el tópico de que el dinero sobreadundante acarrea males de toda laya. Incita, en particular, a los proyectos absurdos y fomenta los defectos de quienes hacen de la opulencia la finalidad de sus vidas. El horizonte dorado interrumpe y altera la apacible jubilación de Antifer y de Trégomain, las ilusiones de suegra pueblerina de Nanon, pone en peligro el casamiento de Enogate y Juhel. El timorato Ben—Omar se hace cómplice del criminal Sauk. Este encuentra un estímulo para sus maldades de tenebroso de melodrama y acaba en la cárcel. Zambuco, para no perder ni un céntimo de la herencia, impone a Antifer el compromiso matrimonial con su hermana, mortificada por la soltería en Malta. El fracaso de la empresa y, en consecuencia, del tálamo prometido, será un golpe cruel para esta cuarentona avanzada envuelta en las transacciones del banquero. La pobre Mlle. Talisma es en su desamparo grotesco el personaje probablemente más sugestivo de la novela.

La sed de oro ha interesado desde temprano a Verne. Antes de emprender su carrera de novelista, escribió *Los castillos en California* (1852), una obrita teatral que nunca llegó al escenario, editada en el *Musée des Familles* con ilustraciones de Gavarni y Tony Johannot. El protagonista, M. Dubourg, cede a la atracción aurífera del oeste americano y vuelve desengañado y harapiento. No obstante, cree haber descubierto los secretos de la especulación y piensa dedicarse a "transportar a Francia las montañas de California en bloque y excavarlas en el propio seno de la capital." M. Dubourg termina por retomar su oficio de arquitecto ⁵.

Un ejemplo menos ambiguo lo encontramos en *Cinco semanas en globo*. Los aeronautas rescatan a un lazarista francés moribundo

5 M. MORE. Ob. cit. , p. 77-78, considera *Les chateaux en Californie ou Pierre qui roule n' amasse pas mousse* como un inequívoco elogio de la especulación y atribuye la exaltación final del trabajo, acorde con el espíritu conservador del *Musée des Familles*, al colaborador de Verne, Pitre Chevalier. Me parece abusivo. Si nos atenemos a la obra de Verne, la especulación, en notorio auge durante el Segundo Imperio, era acaso, un expediente arriesgado para enriquecerse de prisa, no una práctica loable. Que haya tentado al propio Verne, no cabe duda. Pero en la comedia se trata, más bien, de una referencia a la actualidad social, y no de un elogio.

por las torturas que le han infligido los nativos. El joven misionero muere poco después y es sepultado en un yermo rocoso donde no crece ni un arbusto. El doctor Fergusson, buen geólogo, advierte el extraño contraste. El hombre que ha hecho votos de pobreza descansará en una mina de oro capaz de enriquecer a países enteros. Una Australia y una California reunidas en el fondo de un desierto. La revelación enajena a Joe. Este muchacho sencillez, bueno y abnegado, sólo se consuela a medias cuando Fergusson le promete anotar la ubicación exacta del lugar para que cuando su criado vuelva a Inglaterra difunda el hallazgo entre sus conciudadanos, si es que cree que tanto oro puede labrar su felicidad. Inclusive accede a sustituir la arena del lastre por fragmentos del cuarzo llenos de metal precioso. Añadamos que, hecho simbólico, todas las piedras serán arrojadas por la borda antes de que el viaje llegue a su término.

El tema reaparece en *Los hijos del Capitán Grant* con la mención de los efectos del *Gold rush* en Australia (1851). Las minas de diamantes sudafricanas de Griqualand, descubiertas en 1863, ambientan la *Estrella del Sud* (1884). La quimera del oro que empuja a ilusos del mundo entero hacia el Klondike nos es contada en *El volcán de oro* (1906). La versión más impresionante la ofrecen *Los naufragos del Jonathan* (1909) en un ámbito que nos concierne de cerca: el descubrimiento de oro en los arroyos de la isla Horte, al Sud de Tierra del Fuego. Las consecuencias son pavorosas. La colonia establecida por los naufragos bajo la dirección del atormentado Kaw—djer es presa de una locura colectiva. Se abandonan los talleres y los cultivos, las granjas quedan en su mayoría vacías o a cargo de las mujeres y los niños. Un creciente tropel de aventureros de la peor ralea asalta los litorales de la isla con sus consecuencias usuales: alcohol, prostíbulos, riñas y asesinatos⁶.

El único personaje de *Maestre Antifer* con un mínimo de variedad psicológica es Gildas Trégomain. Los otros se mantienen in-

6 Ver Jean CHESNEAUX. *Une lecture politique de Jules Verne*. Paris, 1971. Cap. X. (Hay trad. esp. México, 1973). En este cap., titulado "El dinero y el oro", anota (p. 153) que en Verne el enriquecimiento súbito proviene las más de las veces de un legado inesperado. Además de *Maestre Antifer*, menciona *Los quinientos millones de la Bégum* (1879), *Mistress Branican* (1891) y *El testamento de un excéntrico* (1899), donde los efectos del legado fortuito se combinan con un juego de azar. Este pasa a primer factor en *El billete de lotería* (1886). Sobre las corridas hacia el oro, cap. cit. p. 155. En lo que se refiere a los descubrimientos auríferos en Tierra del Fuego, destaque, por su vivacidad autobiográfica, E. Lucas BRIDGES. *El último confín de la Tierra*. Trad. Elena Cruz de Schwelm. Buenos Aires, 1978. Cap. XVIII.

mutables durante el desarrollo de la trama. En lo que son, lo que hacen y lo que padecen cumplen las directivas que les han sido fijadas desde su aparición en las páginas del libro. Su historia y su retrato, por añadidura, suelen sernos anticipados junto con la entrada en escena. Cuanto sucede después se limita a corroborarlo. Apenas si la ambición de Antifer proporciona una pizca de variedad al marino cuando en Edimburgo, ante la negativa del clérigo a revelar la longitud que busca, lo hace caer en una fiebre delirante que el médico califica de hepática. Trégomain, el capitán retirado de agua dulce que durante años se limitó a recorrer el Rance en su gabarra, nos es presentado como la contrafigura de Antifer. Esta clase de amistades antitéticas no es nada novedosa en Verne que también las emplea entre las personalidades de los amos y los criados, como el medurado Samuel Fergusson y el expansivo Joe o el impasible Phileas Fogg y el atolondrado Passepartout.

Gordo, muy gordo, pacífico, afectuoso, Trégomain le sirve a Antifer para ejercer su despotismo, usándolo como interlocutor a quien le está prohibida la palabra y objeto de desahogo para su mal humor y sus arranques iracundos. Un inequívoco personaje de *vaudeville* que, si manejado con mesura puede facilitar escenas risueñas, tiene pocas oportunidades de lucimiento en una novela.

El cambio de Trégomain se produce a partir del momento en que el tesoro deja de ser una posibilidad evasiva para transformarse, de acuerdo con el texto encontrado en Spitzberg, en una seguridad. Los personajes intercambian sus papeles. Antifer, que conoce la desaparición de la isla Santa Lucía permanece indiferente. Trégomain, creyendo tener el dinero en la mano, es invadido por una impaciencia cargosa. Aunque pueda parecer irreverente, este intercambio de papeles no deja de guardar alguna analogía con la quijotización de Sancho Panza.

Emprendido el viaje, Trégomain no se comporta como un acompañante que actúa o supone actuar por un motivo generoso y desinteresado. El propio Verne nos sugiere la crisis medio consciente, medio inconsciente que la inminencia del oro provoca en el gabarrero. Así, cuando Trégomain le echa en cara a Juhel su indiferencia por el resultado de la búsqueda no vacila en reprocharle que piense demasiado en su mujer y no se ocupe del tesoro. Ahora lo considera textualmente algo suyo, su negocio. Y, en fin, cuando no se toca la tal isla y el *Providenza* recorre sin encontrar más que agua el punto fijado, el apacible Trégomain pierde los estribos, y da una respuesta áspera a Jacopo Grappa, el patrón de la feluca, intrigado por las idas y vueltas de sus huéspedes. Al comprobarse que la Santa Lucía está bajo el agua, la última reacción de Trégomain es de una resignación cómica, por lo menos así la califica Verne.

El hundimiento de la isla Santa Lucía no suscita mayores dificultades interpretativas. Más bien podría tachárselo de demasiado previsible. Los buscadores han corrido tras una quimera dañina y las fuerzas naturales, con justicia poética, los devuelven a su chatura cotidiana. En este sesgo, sin embargo, cabe agregar unas cuantas observaciones.

Se trata, por lo pronto, de una isla *volcánica* —la predilección de Verne por los volcanes no ha dejado de intrigar a la crítica⁷. Un pedazo de tierra rocosa, inseguro, surge de las aguas y vuelve a ellas sin dejar más que un borroso recuerdo. Tanto que hasta llega a dudarse de que la tal isla haya existido. El símbolo de la fragilidad de las esperanzas desafortunadas de los personajes resulta tan obvio que molesta señalarlo. En *La isla misteriosa*, la isla Lincoln se dignifica y persiste en una utopía promisoriosa. En *Maestre Antifer*, todo se reduce a un percance ingrato y bastante ridículo de unos pocos seres devueltos a la monotonía que les corresponde.

Las riquezas operan en Kamyk en forma ambigua. Son, por supuesto, el instrumento de que se vale para eludir, hasta cierto punto, las maquinaciones de sus enemigos y le permiten llevar durante años una vida independiente y errabunda en un barco cuyo derrotero sólo conocen el sombrío propietario y su fiel capitán. Pero son *demasiadas* riquezas. Kamyk no sabe muy bien qué hacer con ellas. Se transforman en un estorbo. No se le ocurre, a diferencia de Nemo —un personaje con el cual el Pachá denota cierto parecido— ponerlas al servicio de los humillados y oprimidos. Fugitivo opulento, Kamyk extiende sus rencores a la humanidad casi entera. Su testamento no ha de abrirse hasta diez años después de la muerte del perseguido egipcio. Un doble ocultamiento, pues, de su persona dictado por la voluntad de permanecer inasible. Uno, en el tiempo. El otro, en la decisión de esconder los barriles en una isla desierta que, en lo posible, ni siquiera figure en los mapas. El verdadero propósito de Kamyk, sospechamos, es menos premiar a sus

7 Por ej. Michel SERRES. "Geodésicas de la Tierra y el Cielo". En R. BELLOUR y otros. *Verne: un revolucionario subterráneo*. Buenos Aires, 1968 (trad. de Jules Verne, cahier de L' Arc 29, Aix—en—Provence, France). Serres destaca que los elementos telúricos— gruta, caverna, excavación, pozo, zanja, mina. . .— figuran en la mayoría de las novelas de Verne, mezclados con los motivos bachelardianos del agua y del fuego, hasta dar la imagen *princeps* constituida por el volcán. "El mundo —en el sentido geológico— es ante todo (después de todo) volcánico; el viaje extraordinario hacia el punto sublime es un itinerario hacia un cráter o pasando por un cráter: véase *Maese Antifer*, *El volcán de oro*, *Servadac*." (p. 49; trad. Noé JITRIK).

bienhechores que librarse de una fortuna que lo destaca entre los hombres, todos, en principio, enemigos.

Verne ha publicado esta novela en los años en que el capitalismo imperialista europeo y ya el norteamericano actuaban con orgulloso descaro. Se asiste a la explotación financiera y política del resto del planeta tanto como de las capas sociales más débiles dentro de las potencias dominantes. Estas proceden en rivalidad continua y creciente. Todas están de acuerdo en los fines, pero cada una trata de lograrlos con criterio cerradamente nacionalista y en detrimento de las otras. En las novelas de la década del 60, Verne ha mantenido la esperanza en que la expansión científica y técnica aportaría un mejoramiento de la condición humana. Ha creído, con algunos reparos, en un progreso en que la ciencia y las máquinas llevarían, pese a ocasionales desvíos, a una situación en que *imperara* una libertad justa para todos los hombres.

En *Maestre Antifer* ha cambiado la tónica. Sin exhibirlo de manera palmaria, en buena medida en razón de la índole liviana de la novela, la decepción prevalece sobre las esperanzas. Para constatarlo en formas más declaradas hay que acudir a *La isla de Hélice* (1895), significativamente contemporánea de la obra que nos ocupa, una sátira amarga y grotesca, y, sobre todo, a *Los naufragos del Jonathan*, publicada póstumamente en 1909.

Entre el prólogo y la búsqueda del tesoro median treinta años. El primero finaliza en 1831 y la segunda transcurre en 1862. A su vez, el narrador se sitúa declaradamente otros treinta años más tarde. El triple enfoque cronológico pone ante el lector los jalones de un proceso que arranca de la época romántica, la del nacimiento de Verne o, mejor, de la instauración del reinado liberal de Luis Felipe en Francia y muy poco antes de la iniciación de la era victoriana. La trama central se desarrolla en el momento en que Verne se afirma en su vocación profesional de escritor. El narrador mira y reflexiona desde el Fin de Siglo ⁸.

8 Al entrar en la vejez cambia la visión de Verne respecto del progreso. La mecanización del contorno le muestra una faz incómoda o negativa. La multiplicación de las máquinas afea o destruye los lugares en que ha transcurrido su niñez o su primera juventud. M. ALLOTE DE LA FUYE (ob. cit., p. 174-175) nos cuenta que Verne, arrastrando su pierna dañada, llega a Nantes en 1887, para los arreglos de la sucesión materna. La casita de Chantenay, antes aireada y campestre, está ahora sofocada por las fábricas. Verne da cuenta del hecho en un tono resignado que no excluye el reproche frente a lo irremediable: "Las humaredas negruscas vician el aire, antaño saturado del perfume de las flores y de los árboles frutales. ¿Pero qué hacer? Parece que la civilización

El proceso europeizador del planeta se manifiesta, en primer lugar, en la sorpresa escasa o nula que los lugares visitados deparan a los viajeros. Con muy poca excepción, los recorren como turistas, no como exploradores y, menos todavía, como descubridores. Tanto en Asia como en Africa y aun en las regiones próximas al polo, Antifer y su comitiva siguen el trazado de una cadena de hoteles que han previsto su alimentación y su descanso. Parecería que Kamyk con clarividencia benévola no quiso agregar molestias a la decepción que les esperaba.

Este carácter, previsible y previsto de unas aventuras como preparadas por una agencia turística lo nota el lector asiduo de Verne en un detalle muy expresivo. En otras novelas; con un placer de *gourmet* en unos casos y en otros para marcar el tiempo de una manera más vivaz que con los relojes o el calendario, Verne no omite informarnos acerca de lo que comen y beben los actores. *Maestre Antifer* brilla por la ausencia de su interés culinario. Se come a las horas fijadas, pero el menú permanece incógnito. Nada de las comidas tan bien organizadas de Phileas Fogg, del instructivo banquete que inicia *Las tribulaciones de un chino en China* o de la memorable mesa preparada con manjares exclusivamente marinos con que el capitán Nemo invita al profesor Aronnax o de los festines de caza que la puntería de Mac Nab asegura a los aeronautas del "Victoria". Apenas si como un anticipo del fiasco final contamos con una decepción gastronómica. La prisa del viaje sin echar un vistazo al contorno ni demorarse con el tenedor y el cuchillo lo deja a Trégomain sin una anhelada comida fina en el restaurant Moïse de Argel. Quizá Verne durante su viaje de 1876 en el Saint-Michel III, tuvo oportunidad de saborear allí sus suculentas *bouillabaises* (AF. 159). Ni siquiera un recorrido en caravana nos permite degustar alguna especialidad del Medio Oriente o el paso por Noruega un plato de pescado capaz de distraernos del olor a salazones que envuelve a los nativos y a los visitantes. Tampoco llega a realizarse la compra de unos dulces fabricados cerca del Océano Indico que Trégomain quiere llevar de regalo a su querida Enogate. Tal vez Verne, apuntará un psicólogo, por entonces ya aquejado de un principio de diabetes, haya renunciado a hacernos participar de placeres que le estaban prohibidos.

Los paisajes insólitos cumplen el papel de telones de fondo. Cuando se nos instruye acerca del suelo, la fauna, la flora y el clima, estos datos no llegan a integrarse con la trama. A los leones se los oye rugir a lo lejos y, fuera del temor que provocan en los via-

toma el aspecto de una necesidad." La autora no indica la procedencia de estas líneas desgarradoras. Probablemente pertenecen a una carta familiar.

jeros, estos siguen adelante sin mordisco carnívoro en sus zarandeados cuerpos. Los piratas y los salteadores no se hacen presentes nunca. Los nativos aparecen como comparsas en una costa africana ya poblada y explotada por factorías europeas. En cuanto a los lapones, elogiados por su mansedumbre y disposición laboriosa, son ayudantes de los blancos en la industria pesquera.

Los percances de la búsqueda, salvo contadísimas excepciones, no provienen de la naturaleza. Conciernen a dificultades del transporte en líneas férreas y de navegación que provocan retrasos o no combinan con la comodidad y la premura requeridas. Dificultades civilizadas, sin color local, nada exóticas o salvajes. Esta domesticación del contorno, según se recalca una y otra vez, ha seguido su proceso acelerado desde el tiempo de la novela hasta las fechas en que el narrador se sitúa. Verne nos dice, por ejemplo, que el canal de Suez estaba en construcción en la época de la novela (1862), ya que no fue inaugurado hasta 1869 (I, cap. X, p. 206)⁹. El cambio progresista se combina con la alusión política. Para sus jóvenes lectores de 1894, el Segundo Imperio, Napoleón III, la guerra francoprusiana, etc., etc., pertenecían a un tiempo que ya entra en la vaguedad que adquiere el pasado histórico en las fechas anteriores a nuestro nacimiento. A los mayores, en cambio, Verne les brinda una oportunidad para la reflexión, el disenso o, lisa y llanamente, la nostalgia.

Gildas Trégomain y Juhel pasean por las calles soleadas de Dakar en espera de un barco que los lleve a Loango:

“En realidad, lo que más debía interesarles eran esos barcos —esos trozos de sí misma que Francia enviaba desde Burdeos a Río de Janeiro, esos paquebotos de las Mensagerías imperiales— así se llamaban en 1862. Dakar no era entonces la importante estación a que ha llegado a ser desde esta época, bien que el comercio del Senegal alcanzaba ya los veinticinco millones de francos, veinte de los cuales con nuestros compatriotas. No tenía sino nueve mil habitantes, población que tiende a crecer a consecuencia de los trabajos emprendidos para el mejoramiento del puerto (II, VII, p. 114—115).”

⁹ Recordemos que en *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869/70) el *Nautilus* se desliza por un túnel rocoso bajo el istmo de Suez que Lasseps está en trance de perforar bajo la mirada atenta del mundo y el entusiasmo patriótico y financiero de los franceses. La novela, publicada en 1872, se desarrolla en 1866. A diferencia de *Maestre Antifer*, la hazaña de ingeniería era un suceso contemporáneo. Ver M. ALLOTTE DE LA FUYE. Ob. cit. . p. 124.

Maestre Antífer había creído encontrar un ferrocarril entre Bône y Dakar. Como bromea Verne, su impaciencia se adelantaba veinte años a los acontecimientos. O, en fin, se nos proporciona un informe sobre el avance colonial de Francia:

“El Loango no está bajo la dominación portuguesa como lo están la Angola y el Benguela. Es uno de los reinos independientes de este Conte Congo —comprendido entre el río Gabón al norte y el río Zaire, al sud,— que pronto había de pertenecer a Francia.

Pero, en esta época, desde el cabo López hasta el Zaire, los reyes indígenas reconocían al soberano de Loango y le pagaban tributo, generalmente en esclavos: tales los de Cassange, Tomba Libolom y algunos vasallos reinaban sobre pequeños territorios muy divididos. (II, cap. VIII. p. 137)”

En esta tarea de apoderarse de los mejores trozos del globo terráqueo o, por lo menos, de los lugares estratégicos que controlan las rutas marítimas y mantienen dentro de los límites convenientes a los rivales, Gran Bretaña representa, no se cansa de insistir Verne con frases del mismo cuño, un verdadero arquetipo de política sostenida. En ellas se mezclan el fastidio, la admiración y una suerte de placer deportivo que podría ser también una llamada de alerta instructiva para Francia.

“ ¡Adén, una llave más de ese manojito del Mar Rojo que cuelga del cinturón de Gran Bretaña, esa buena dueña de casa siempre atareada! (I, cap. XI. p. 218)” “Los ingleses, esos traperos del Océano, no hubieran tardado en levantar un islote que se arrastra sobre las rutas marinas y arrojarlo en su bolsa (I, cap. I. p. 17)” “Por lo demás, el imán (de Mascate) es señor absoluto en el imanato, el cual, primero conquistado por Alburquerque en 1507, ha sacudido la dominación portuguesa. Habiendo recobrado la independencia desde hace un siglo, es muy sostenido por los ingleses, quienes sin duda esperan, después del Gibraltar de España, el Gibraltar de Adén, el Gibraltar de Perim, crear el Gibraltar del golfo Pérsico. Estos tenaces sajones acabarán por “gibraltarizar” todos los estrechos del globo (I, cap. XII. p. 372)”

Entre las constantes más patentes y señaladas en la obra total

de Verne está su interés por Gran Bretaña y los británicos¹⁰. Desde su primera novela, *Cinco semanas en globo* (1873), se destaca o alude que los ingleses identifican los fines prácticos con las conquistas científicas y técnicas. Los hombres emprendedores para explorar cualquier paraje o los inventores que lo posibilitan y facilitan, cuentan con un apoyo casi infalible, rápido y sustancioso en la época victoriana. El proyecto del doctor Fergusson de sobrevolar África desde Mozambique hacia el Senegal suscita en la novela nombrada un sentimiento entusiasta y unánime en todos los ámbitos. Adquiere el volumen de una verdadera empresa nacional. Las instituciones públicas y privadas proveen con amplitud generosa los medios materiales para llevar a efecto una hazaña geográfica que beneficiará la gloria y la prosperidad del reino.

Esta opinión de Verne no varía mayormente en otras novelas. No obstante, sería abusivo hablar de una actitud unilateral y rígida. En contraste con el carácter latino y, en particular, de los franceses, los vecinos de allende la Mancha ofrecen una repetida lección de tenacidad sobria y metódica que les convendría aprender a unos compatriotas dados con exceso al jugueteo intelectual y al entusiasmo olvidadizo. En el proceso de colonización del mundo, amonesta Verne, los franceses quedarán inevitablemente rezagados si se conforman con aplaudir o mucho más frecuentemente con censurar la conducta inglesa. Pero este reconocimiento de la eficacia no implica, todo lo contrario, solidarizarse con los fines y los medios de que suelen valerse las potencias coloniales para imponer sus propósitos conquistadores.

Según testigos de su vida, Verne declaraba que tenía tres pasiones: la libertad, el mar y la música. En él la libertad no se reducía a un sentimiento. La preconiza como la virtud más alta a que puede y debe aspirar el hombre para serlo auténticamente. En el plano de los hechos, como hazaña personal y colectiva, el empuje inglés atrae al escritor. Le proporciona temas y personajes excelentes para sus novelas de aventuras. Pero está la otra cara de la libra esterlina. Todo colonialismo y, con mayor evidencia, su versión moderna pone al descubierto que uno de sus ingredientes capitales es la privación sistemática de la libertad y la explotación de los más

10 Con un recuerdo muy confuso, Pierre SICHEL afirma que la mayoría de los héroes de Verne son ciudadanos británicos. Los responsables de esta anglofilia serían los antepasados normandos, cuyos rasgos persisten en la fisonomía y el porte muy inglés del novelista. En particular, en su pelo rubio. Sobra añadir que ni la estadística ni la genética avalan esta ocurrencia. Cfr. "Les illustrateurs de Jules Verne". En *Europe*, año 33, n^o 111-112. Paris, 1955.

débiles. En nombre de la civilización se utiliza la fuerza y aun la brutalidad sin escrúpulos. Verne se pregunta hasta qué punto la misión civilizadora que se atribuye Europa exige el colonialismo y, por consiguiente, el menoscabo o la supresión de la dignidad humana. Salvo en algunas de sus últimas novelas, no se llega a plantear en forma decidida una cuestión conexas, mucho más decisiva, en que se funda y justifica el colonialismo europeo. El colonialismo del siglo XIX, en efecto, daba por sentado e irrefutable que la civilización es una y sólo una: la europea. Llevando la cuestión a fondo, lo que cabe es, por el contrario, preguntarse si las civilizaciones no son muchas, y dueñas de una legitimidad y una trayectoria que invalidan la pretensión de medirlas a todas con el mismo metro para, a fin de cuentas, imponer la ley del más fuerte. Por añadidura, Verne constata desde temprano y lo denuncia sin rodeos en los últimos quince o veinte años de su obra que en el orden social interno los europeos actúan respecto de las capas más débiles de acuerdo con un criterio que no difiere esencialmente del que aplican a los pueblos no europeos.

La respuesta más clara se encuentra en diversas novelas tardías, aunque diluida, por lo general, en la anécdota y con atenuaciones prudentes o cautelosas.

En *Los naufragos del Jonathan* y en *La impresionante aventura de la misión Barsac*, ambas póstumas, la condena de la fuerza y el derecho de los pueblos a realizar libremente su propio destino constituye el trasfondo narrativo que a veces llega a la energía de una tesis. En *Las miríficas aventuras del maestro Antifer* no cabe esperar parecida franqueza. Apenas si, como en los pasajes que hemos transcrito referentes a la voracidad inglesa de coleccionar islas, la actitud de censura asoma velada por la ironía. Una ironía de barniz sonriente que, reconozcamos, debe de haber pasado inadvertida a la mayoría de los jóvenes contemporáneos.